



EL

MARQUÉS DE LA MANSEDUMBRE.

LEGÓ á los cincuenta años sin haber salido de Madrid y sus contornos. El Retiro, la Virgen del Puerto, y á lo sumo el Pardo, eran para él las mayores espesuras y fragosidades de la Naturaleza. El mar podría tener, en cuanto alcanzase la vista, diez, veinte... hasta cien estanques como el *Grande*, si se quería. Estanque más ó menos, ¿qué más daba? Del Manzanares al Saja, ó al Deva, ó al Ebro, ó al Guadalquivir, habría la diferencia de algunas cántaras de agua en verano: en invierno, ninguna.—En cuanto á praderas, no serían más verdes ni más extensas las del Norte que las que contemplaba él desde el cerrillo de San Blas cuando el trigo comenzaba á crecer. La temperatura estival de la corte no le afligía gran cosa, porque, además de estar formado en ella, no conocía otras más agradables.

Por lo cual, y sin mujer que le pidiera veraneos, y sin hijas que exhibir en las provincias, metódico y rutinario, amén de enemigo irreconciliable de toda lectura que á viajes y á novelas trascendiese, ni una sola vez sintió la tentación de meterse en alguna de las diligencias que salían de Madrid á varias horas y por todas las puertas de la villa, durante el verano, entre muchedumbres de curiosos que envidiaban la suerte de los pocos mortales que abandonaban aquel asadero implacable, y eso que él era uno de los curiosos. Antes al contrario, se compadecía de aquella carne embutida entre los cuatro inseguros tábleros de la diligencia; carne cuyo destino era harto dudoso, considerando los riesgos que afrontaba, echándose á rodar por cuestas y desfiladeros, durante media semana, y á merced de bestias y mayorales. ¡Cuánto más higiénicos y menos arriesgados eran los paseos matinales que él se daba por los alrededores del estanque de las Campanillas; ó vespertinos, junto al pilón de la Fuente Castellana!

Antes que el sol levantase ampollas, se encerraba en su casa, lo bastante grande, vieja y desamueblada, para ser, relativamente, fresca, y sustituía su traje de calle con un chupetín y unos pantalones de transparente nipis; y si esta precaución contra el calor no le bastaba, se

quedaba en calzoncillos y en mangas de camisa. De un modo ó de otro, se pasaba el día contemplando sus queridos pececillos.

Porque es de advertir que el señor marqués tenía la pasión de los peces de colores, y hasta seis redomas de cristal llenas de ellos.

Cambiarles el agua, desmigajar pan sobre ella á horas determinadas, y estudiar en un tratado especial la manera de conservarlos y reproducirlos, eran sus únicas ocupaciones de recreo.

Posteriormente, dos viajes á Aranjuez en ferrocarril le demostraron que podía meterse un hombre en estos rápidos vehículos, sin el riesgo infalible de romperse las costillas ó el bautismo; por lo cual, hasta se atrevió á prometerse á sí propio que tan pronto como hubiera una línea abierta hasta un puerto de mar, la aprovecharía para admirar los grandes peces en su propio y natural elemento.—«Porque, desengañémonos—se decía,—no puede asegurarse que conoce la merluza ni el besugo, quien solamente ha visto sus cadáveres embanastados en la plazuela del Carmen.»

Y cumpliendo su promesa, tan pronto como la línea del Norte empalmó en Alar del Rey con la nuestra, armóse de valor y de dinero, y se plantó de un tirón en el famoso puerto del mar cántabro.

Si ha encontrado aquí lo que se prometían sus

ilusiones, dígalo la puntualidad con que, desde entonces, viene cada verano á Santander.

Cansados estarán ustedes de conocerle. Es de corta estatura, muy derecho, enjuto de carnes, redondito de cara, risueño y corto de vista; son rubios los pocos pelos de su cabeza, y casi blancos los del recortado bigote. Gasta, en público, levita, corbata y pantalón negros, y chaleco blanco, sombrero de copa alta y anteojos con armadura de oro.

Tal es, repito, en público, su arreo, ó, mejor dicho, *en tierra*, y con él le habrá visto el lector, no en las alamedas, ni en el Sardinero, ni *en la sociedad*, sino en los embarcaderos de todos los muelles, desde Maliaño hasta Puerto-Chico, ó en camino de alguno de ellos, en los cuales no faltan nunca pescadores de caña ó de *aparejo*.

Tras ellos está siempre, estando en tierra, con las manos á la espalda, el bastón entre las manos, el cuerpo inclinado hacia adelante, y la vista inmóvil, fija en el corcho flotante ó en la sereña tendida.

—¡Quieto, quieto!—exclama á lo mejor, si nota que el corcho se mueve y el pescador se apresura á tirar.—Esa es picada falsa... Ahora, ahora muerde... ¡Fuera con él!

Y si el pescado sale coleando en el anzuelo, lanza un ¡bravo!; y si el pez no es *pancho*, bate

además sus manezuelas; y de todos modos, sean panchos ó lobinas lo que se pesque, él lo *destraba*, confundiéndose entonces, en un solo ovillo, el pez, las manos, las gafas y el anzuelo.

Semejantes intrusiones y familiaridades no dejaron de costarle al principio algún disgusto, pues no son siempre los pescadores de caña tan pacientes como la fama supone; pero, poco á poco, fueron éstos acostumbrándose á las *cosas del señor marqués* (que, por otra parte, no peca de roñoso con *los del oficio*), y hoy todos le toleran y hasta le encuentran *devertido* y *celebre*.

Mas no son éstas sus ocupaciones de carácter; quiero decir, que no viene para sólo eso el señor marqués á Santander.

Cuando llega, ya le está esperando una *barquía* perfectamente limpia y carenada, con los necesarios útiles de pesca, incluso la *guadañeta* para *maganos*.—Prefiere la barquía, porque teniendo todas las condiciones de seguridad de la lancha y todas las de ligereza del bote, es bastante más grande que el uno y de más fácil manejo que la otra.—Dos marineros, conductores de la barquía, están, como ella, á su disposición; y según que el marqués prefiera las *porredanas* ó las *llubinas*, le conducen á la boca del puerto, ó á las *puntas de arena* de la bahía, todos los días, infaliblemente, si el tiempo no está tempestuoso; pues por chubasco más ó

menos, no deja él de embarcarse para estar en el sitio conveniente al apuntar la marea.

Ancho pajero y desaliñado y viejo vestido de lanilla, lleva para el sol; y por si llueve, amplísimo impermeable y enorme paraguas de mahón. Por supuesto, no falta el acopio de vino y de fiambres para él y los marineros, el día en que la marea tercia de modo que no puedan volver á comer á casa á la hora conveniente.

Durante la pesca, transige con que los marineros le *ceben* los anzuelos ó le reemplacen con otra nueva una *tanza* rota, ó le *desengarmen* el aparejo, cuando éste se le enreda entre peñas ó en la caloca; pero se guardarán muy bien de tocar el pez que él saque preso en el hierrecillo traidor.

Un día quiso lanzarse á correr aventuras fuera del puerto, seducido por las pinturas que sus marineros le hacían del tamaño y abundancia del pescado en aquellas honduras: y salió, en efecto; mas apenas comenzó la barquía á mecerse en pleno mar, y á columpiarse desde «el lomo altivo al seno proceloso de las ondas» (como acontece allí, aun en las ocasiones en que se dice de la mar que está *como un plato*), pensó que la costa bailaba el fandango, *cambió la peseta*, y tuvieron los dos marineros que llevarle á puerto seguro, antes que se les quedara entre las manos.

Esta lección le sirvió para no intentar siquiera «el estudio del besugo y de la merluza en su propio y natural elemento,» contentándose, hasta mejor ocasión, con el *anfiteatro* de la Pescadería, donde los veía tan cadáveres como en la plazuela del Carmen, aunque un poco más frescos.

Por lo demás, entregándose, como se entrega, con verdadera embriaguez, al placer de la pesca menor, y poseyendo *el arte* como cree él poseerle, es, durante la temporada, casi completamente feliz. Y digo casi, porque no ha podido adiestrarse mayormente en el manejo especialísimo de la guadañeta.

—Aquí hay algún misterio que yo no penetro todavía—dice con desconsuelo á sus remeros é instructores, cada vez que éstos, predicando con el ejemplo, van sacando maganos.—Esta pesca es *al vuelo*, digámoslo así: hay que robar más bien que pescar; y necesito yo estudiar, ante todo, la marcha y la estrategia de la banda.

Y estudia, en efecto; y cuando ya se le rinde la muñeca de tanto menearla, la caridad, sin duda, medio le traba un magano que, al salir al aire libre, le lanza á la cara toda la tinta, dejándosela más negra que la del negro Domingo, sin que falte su abundante rociada para la camisa y cuanto blanquea sobre su cuerpo.

Pero como esta tinta es la sangre de aquellas batallas, lejos de creerse afrentado con el tizne, lucele orgulloso al desembarco, y toma las risas de la gente por muestras de admiración á sus proezas.

Tal es el verdadero *punto negro* de su felicidad; y eso que, generalmente, pesca poco, ó no pesca nada, si no se le cuentan como pesca tal cual dolor de cabeza, ó romadizo, que de esto no le falta, gracias á Dios, durante la temporada.

No hay para qué decir que es uno de sus grandes placeres obsequiar á las personas de su mayor aprecio con el producto de sus bregas de pescador. Que cuando no pesca habla de lo que ha pescado y de lo que piensa pescar, y que miente en la mitad de lo que habla entonces, también por sabido se calla. La afición desmedida á ese y otros parecidos entretenimientos, lleva consigo esa pequeña debilidad. Que lo digan los cazadores, y no se ofendan por ello.

La temporada de este tipo concluye cuando los noroestes se hacen crónicos, y la bahía, incitada por ellos, dice que no tolera más bromas en sus aguas. Entonces, curtida su cara por las brisas y el sol, apestando su equipaje á brea y á parrocha, gratifica generosamente á sus dos camaradas de *campana*, después de pagarles el

alquiler de la barquilla, y sale para Madrid con el temor de que han de parecerle siglos los meses del invierno, aunque lleno de satisfacción por haber cumplido ampliamente el propósito que le trajo á Santander.

Un dato muy expresivo, que se me olvidaba:

Le ví en una ocasión pararse delante de una tienda donde yo estaba sentado. Plantóse á la puerta; dió en las losas dos golpecitos con la contera de su bastón, en el que apoyó en seguida su diestra mano; oprimió suavemente con la otra sus gafas contra el entrecejo; carraspeó tres veces; levantó mucho sus cejas y los correspondientes párpados, como si se maravillara de algo, y exclamó, por todo saludo, encarándose con mi amigo, y también de ustedes probablemente, el dueño de la tienda:

—Señor don Juan: pic... pic... pic... pic... pic... pic... pic... (y marcaba cada uno de estos sonidos con la mano izquierda, unidos índice y pulgar). Siete veces picó, y yo quieto... quieto... quieto... Picadas falsas... Tú te clavarás... En efecto: un poco después, ¡zas!... ¡zas!... (y aquí frunció el ceño el buen señor, y marcó los golpes á puño cerrado)... Ahora muerdes, dije yo; y ¡rissch! tiro en firme... ¡Dos libras y media pesó! ¡Una porredana como un bonito!... Ayer tarde, á dos brazas de la *Horadada*... Esta noche tendemos el esparavel... Ya

diré á usted la carnicería que resulte... Adiós, señor don Juan.

Y se fué.

Así conocí yo al inofensivo, al dulce, al apacible, al venturoso marqués de la Mansedumbre.



UN JOVEN DISTINGUIDO

(VISTO DESDE SÚS PENSAMIENTOS).

I.

EN UN CUARTO DE UNA FONDA.

No me digan á mí (*enfrente del espejo y en ropas menores*) que aquellos hombres de anchas espaldas y robusto pecho, que gastaban gabanes de acero y pantalones de hierro colado, eran el tipo de la belleza varonil... Serían, todo lo más, forzudos; pero ¿elegantes?... ¡bah!... Hay que desengañarse: es mucho más hermosa la juventud de ahora... ¿Qué hay que pedir á esta pierna larga y delgada, como un mimbre? ¿á este brazo descarnado y suelto, como si no tuviera coyunturas? ¿y á este talle que se cimbreá? ¿y á este pescuezo de cisne?... ¡Si no fuera por esta pícara nuez! Pero se me ha corregido mucho, y á la hora menos pensada desaparece por completo. De todas maneras, la cubriré con la bar-

ba... cuando la tenga... Y en verdad que sentiré tenerla, porque con ella perderá el cutis su frescura: ¡cuidado si es fresco y sonrosado mi cutis! ¡Si estuviera la cara un poco más llena de carnes y fueran los dientes algo más blancos y menudos!... porque con estos ojos rasgados, este bigotillo de seda y este pelo negro echado hacia atrás... ¡Qué hermosa frente tengo!... Y eso que no es muy ancha... Bien. Ahora el traje *ameli* de *negligé*. ¡Qué bien cae el pantalón sobre los pies! Me gustan estas campanas tan anchas, porque tapan los juanetes. ¡Pícaros juanetes! ¿Por qué he de tener yo juanetes como un hombre vulgar?... No sé si me ponga el sombrero de paja á la marinera, ó el de fieltro. Como es por la tarde... Me decido por el de paja. No viste tanto, pero me va muy bien... Ahora los guantes de piel de Suecia, el bastón de espino ruso... y á la calle... Vaya antes una mirada general... ¡Intachable!... ¡Cómo se nos conoce en el aire á los chicos distinguidos!... ¡Por cierto que estos provincianos de Santander tienen un afán de arrimarse á uno!... y luégo serán capaces de quejarse si se les da un desaire... Pues no me hace gracia esta corbata: no juega bien con el traje. La cambiaré. Afortunadamente tengo en qué escoger. Papá se propuso sin duda que en esta primera salida mía á provincias dejara yo el pabellón bien

puesto, y nada me ha escaseado. Corresponderé, papaito, á tus propósitos, y la fama te dirá luégo quién es tu hijo. Así están más en armonía los colores; y hasta las puntas sueltas dicen mejor á este traje que el nudo armado... Probablemente me estarán esperando en el Sardinero Casa-Vieja, Monteoscuro, Prado-verde y Manolo Cascajares... y hoy me hacen suma falta para que me ayuden á averiguar quién es aquella hechicera y distinguida rubia que paseaba ayer tarde con las de Potosí. Cuando quise acercarme á ellas para saberlo, se metieron en un carruaje, y perdí la pista... Tres veces me miró ¡tres! pero ¡con qué intención!... Lo raro es que yo no la conocía hasta entonces... Acaso ella me haya visto antes en alguna parte: esto es lo más probable... En lo que no cabe duda es en que las de Potosí la habrán dicho quién es papá; por consiguiente tengo andada la mayor parte del camino, y mis relaciones con ella son seguras... Lo siento por el desengaño que van á llevarse mis dos conquistas del Muelle. ¡Pobres chicas! Pero ellas se lo han querido. Á la tercera vez que pasé bajo sus balcones, ya me devoraban con los ojos... Y el caso es que son muy bonitas... Si se conformaran con el segundo puesto que les corresponde en mi corazón. ¡Corazón! Pero ¿le tienes tú, acaso, joven voluble?... ¡Y ellas que

aspiran á conquistar el primero! Tendría que oír lo que se dijera de mí en Madrid este invierno, si me presentara en el gran mundo con la historia de dos conquistas provincianas por botín de mi campaña veraniega. ¡Yo que soy uno de los chicos de moda y de más porvenir!... En fin, por de pronto martiricémoslas un poco, y enseñemos á estos cursis montañeses algo de lo que vale y puede un joven de la buena sociedad madrileña.

II.

EN LA CALLE.

Antes de acometer el asunto principal de mi empresa de hoy, hagamos un poco de prólogo por el interior de la ciudad. Éntrome por la calle de San Francisco... ¡Vulgo, vulgo todo! Modistillas, horteras, traficantes que van y vienen, y algunas señoras cursis... Aquellos tres chicos con humos de elegantes van á querer arrimarse á mí... Haré que no los veo, poniéndome á mirar esta vidriera... Ya pasaron... Me carga esta gente por lo pegajosa que es... No sé por qué se les figura que el darle á uno billete para el Círculo, ó para los bailes de cam-

po, les autoriza para tomarse ciertas libertades... Todos los que pasan á mi lado me miran. Dirán para sus adentros: «¡Qué chico tan elegante y tan distinguido! Ese es de Madrid...» porque se nos conoce á la legua... Se me figura que por más allá de San Francisco viene algo que no es vulgo... ¡Oh, fortuna! son las de Cascajares. Bien decía yo que ese aire no era de por acá. Voy á saludarlas...—Á los pies de ustedes... —Perfectamente, gracias... —Pues por aquí matando el aburrimiento...—Lo comprendo sin que ustedes me lo digan...—Ni tampoco sociedad...—Qué quieren ustedes, les falta *chic*...—También yo, en cuanto se marchen las amigas del Sardinero...—Creo que van primero á Ontaneda... —Y Pilar erisipela... — ¡Qué maliciosas son ustedes!... —Y Manolo ¿dónde anda?...—Entonces le veré en el Sardinero...—Á los pies de ustedes.

¡Qué amables, qué discretas y qué distinguidas! Pues tampoco yo he sido rana... ¡Aquello de la erisipela lo dije con una travesura y un retintín!... Á estos gomosos provincianos quisiera yo ver tiroteándose con las señoras del gran mundo. ¿Qué idea tendrán de él aquí! ¡Pobre gente!

Pues, señor, esta región ya está explorada. Ahora al Muelle. Allí lanzaré un par de flechazos á mis dos montañesitas, y en seguida tomo

el tranvía para el Sardinero. De más tono sería un carruaje abierto, en que fuera yo recostado con esa indolencia voluptuosa que tan bien me va; pero no hay que hablar de eso en este pueblo atrasadísimo... Echo por los atajos para llegar primero.

¡Oh, qué brisa tan oportuna corre por aquí!... ¡Cómo juguetea con mis cabellos y con las puntas sueltas de mi corbata!... ¡Debo estar hermosísimo en este instante!... Andaré un poco más de prisa, no se figure algún mentecato indígena que la Ribera ni las que en ella viven son capaces de llamar mi atención... ¡Voy de paso, sí, señores, nada más que de paso!... aunque demasiado conocerá la gente que, á estas horas, no puede venir por aquí con otro objeto un chico distinguido de Madrid.

Me parece que aquel mirador es el de una de ellas. Justamente... ¡como que está esperándome en él!... Pero no está sola... ¡Anda! pues es *la otra* quien la acompaña. Serán amigas... Tanto mejor: así despacho de un solo viaje. ¡Hermosa carambola voy á hacer con cada mirada!... ¿qué digo carambola? la discordia es lo que van á producir mis miradas, como la manzana del otro... ¡Suerte más provocativa!... Vayan, ante todo, un par de estirones de puño, haciendo, de paso, como que el sombrero me sofoca, para meter los dedos entre el pelo... Á

esos dos provincianillos que vienen por la otra acera, les haré un saludo desdeñoso; y dirán las chicas: «¡con qué desdén tan distinguido los trata! ¡cómo los domina!...» ¡Agur!... ¡Qué fachas van!... Las del mirador me han visto... Pues allá va la mirada... Ya la pescaron... Me miran de reojo y se sonríen y cuchichean. ¡Cómo disimulan la una con la otra! Luégo será ella, cuando tratéis de ver quién se le lleva. Para vosotras estaba, inocentes... La verdad es que son monísimas... ¡Válgame Dios, qué estragos podía yo hacer en este pueblo si me lo propusiera! No miro á una que no me corresponda... Otro golpe de brisa. Todo me favorece hoy. ¡Es que estoy graciosísimo con estas arremetidas del aire!... Antes de perder de vista el mirador, voy á volver la cara... ¿No lo dije? Devorándome están con los ojos... Y para disimular más, se meten corriendo en casa, haciendo que ríen á carcajadas... ¡De cuánto fingimiento es capaz la mujer! Pues, señor, este fruto está ya sazonado; y aunque sea para entrepelato, se aprovechará.

El *Suizo*. Con la disculpa de buscar á alguien, voy á darme un par de golpes de espejo... Perfectamente. ¡Qué hermoso estoy esta tarde!... Es que nunca ha sido mi cutis más blanco, ni han tenido mis ojos más hechicera languidez. ¡No me extraña que las del mirador

hayan quedado fascinadas!... ¡Es mucho ese Madrid para chicos distinguidos!

Ahora, á tomar el tranvía y buscar á mi gente al Sardinero... ¡Ah, rubia! te compadezco...

Me cargan á mí estos tranvías de provincia, por la morralla que va en ellos... Por supuesto que, como de costumbre, tendré que ir de pie en la imperial, porque en el interior es un poco pesado llevar tanto tiempo el ceño fruncido y la cara de asco... Y de otro modo no puede ir un chico distinguido como yo. Arriba, con la disculpa de mirar al mar, puede uno siquiera volver la espalda á todo el mundo sin violencia y sin que choque... Debería haber departamentos especiales en estos carruajes.

III.

EN EL SARDINERO.

Esto ya es otra cosa... aquí puedo decir que estoy en mi casa. ¡Qué toaletas; qué *negligés* tan *chic!*... ¡Cómo se destacan las madrileñas!... y ¡cómo me destaco yo! Empecemos por buscar á los amigos; después á la rubia. La compañía le hace á uno más osado y hasta más elocuen-

te... No los veo por ninguna parte... Pero en cambio veo á las de Potosí, que están aquí paseando. ¡Canastos! vienen solas... ¿Y la rubia?... Lo más acertado será preguntar discretamente por ella...—Señoritas...—Muy bueno, gracias...—Sí, la tarde está hermosa para eso...—Ayer estaban ustedes más acompañadas...—Palabra de honor: jamás había visto á esa señorita...—Hermosa es, en efecto; pero ¿y qué?...—Ni tarde ni temprano...—¡Que se ha marchado ya?...—¡Oh! no me admiro por lo que ustedes creen, sino por lo poco que ha estado aquí...—De modo que veinticuatro horas escasas...—Pues no ví yo á su papá...—¡Barrizales! ¿Luego ella es Lola Barrizales, la que estaba en un colegio de Alemania? Y ¿qué va á hacer ahora en Madrid?...—¡Que va á casarse en cuanto llegue?...—Nada hay de raro, en efecto, sino que... en fin, que sea enhorabuena. Y hablando de otra cosa, ¿han visto ustedes á Casa-Vieja y demás amigos por aquí?...—Lo siento, porque andaba buscándolos para un asunto... Veré si en la galería... Á los pies de ustedes.

¡Horror y maldición! Conque era Lola Barrizales, y Barrizales es íntimo de papá, y ella supo quién era yo; luego aquellas miradas eran lo que yo me figuraba; y tal vez la sacrifican y ella quería decírmelo, y yo pude haberlo impedido con una sola entrevista... ¡Maldito co-

che en que se metieron ayer! ¡Lola Barrizales! ¡bella, rica y distinguida!... ¡Qué ocasión para mí! ¡qué ocasión perdida, dioses inmortales! Pero ¿tiene remedio ya este bárbaro contra-tiempo? Eso es lo que tengo que consultar con mis amigos, y voy á buscarlos ahora mismo á la galería... Entraré en ella muy pensativo y hasta cabizbajo, como quien lleva herido el corazón: esta actitud me irá muy bien. Entremos. ¡Cuánta gente elegante!... No están ellos aquí tampoco... En aquel extremo hay una silla desocupada... La ocupo... Dos chicas muy guapas se han fijado en mí. Buena ocasión para herirlas... Apoyo el codo en la barandilla, la cabeza sobre la palma de la mano, y me pongo muy triste y melancólico. Siguen mirándome... Y dirán ellas:—«Ese joven debe tener una gran pesadumbre: ¡qué hermoso es!» y me compadecerán... Ahora miro al suelo, apoyando la frente en mi mano; y como si quisiera ocultar alguna lágrima que enturbiara mis ojos, doy golpecitos en el pie con el bastón. Pero la angustia va en aumento, el disimulo no alcanza y vuelvo la cara hacia la ermita. Para expresarlo mejor, muerdo el pañuelo... Estoy así un ratito, como sollozando. ¡Qué hermoso debo estar!... Ahora, después de sonarme y guardar el pañuelo, debo levantarme y salir de prisa, ocultando la cara, como si mi dolor se aumen-

tase entre la gente. Allá voy... Siguen mirándome las dos chicas, y creo que algunas más. No importa; yo no puedo, no debo, en esta situación, fijarme en nadie: á papá mismo negaría el saludo... ¡Magnífica salida he hecho! ¡Qué interesante he estado!... Me parece que he causado gran efecto. Á la noche indagaré si se habló algo de mí después que salí de la galería.

Aquí afuera hay demasiada gente también, y no debo permanecer entre ella estando tan triste como estoy. Me voy del Sardinero á buscar la soledad que me corresponde. —«Estuvo aquí un instante (debe decir la gente mañana) muy afectado, y se retiró en seguida sin saludar á nadie...» Y habrá hasta quien crea que fuí á los Pinares á levantarme la tapa de los sesos. ¡Magnífico! Esto me pondrá de moda.

Me vuelvo á la ciudad, á pie, por la Magdalena; y me ayudarán á conllevar las fatigas del camino mis tristezas. En marcha, pues.

IV.

OTRA VEZ EN SU CUARTO.

Resumen de mis meditaciones del camino: continuaré en Madrid la empresa malograda

aquí. El destino me la arrebató soltera; yo haré que el diablo me la devuelva casada. (*Desnudándose enfrente del espejo.*) ¡Qué interesante me han puesto la pena y el cansancio!... Un amor contrariado con los correspondientes azares y escándalos, debe ser la ambición de todo hombre de mundo. La suerte quiere, por lo visto, que yo empiece por donde tantos calaveras han concluído. ¡Cúmplase mi destino, y adelante! Pero entre tanto, yo padezco y necesito distraerme. Me distraeré... abusando un poquito de mis ventajas... Esta noche al teatro; mañana al baile de campo con todos los recursos de mi hermosura, de mi distinción y de mi ropero. No me contentaré ya con la mirada y con la sonrisa; usaré también el billete perfumado, y luégo el soborno, y después el escalamiento, y, por último, hasta el rapto, y, si es preciso, la estocada... Comencemos por vestirme de serio... ¡Juro á Dios que no me detendrán en mi carrera ni lágrimas ni amenazas! Yo no he traído esta contrariedad fatal; yo no me he colocado por mi gusto en esta actitud que ha de dejar memoria eterna en Santander. No se me pregunte luégo por qué dejo víctimas detrás de mí:

«Soy el león... perseguido
Que sacude la melena.»

Y pues al cielo plugo hacerme sentir el fuego de una pasión, y arrebatarme el objeto que me la inspirara, de las cenizas que deje á mi paso esta llama abrasadora,

«responda el cielo, yo no.»

